

FR. GERUNDIO.

Si quis dixerit fratres Oráam et Van-Halem non esse duos meritissimos fratellos, honorem et gloriam religionis suæ, anathema sit.

Si alguno dijere que Van-Halen y Oráa no son dos hermanos de todo provecho, que hacen honor á su religion, acabo con él y con toda su casta junta y entera.

CONC. 5. GER. CAN. II.

DIALOGO

ENTRE EL HERMANO ANTONIO Y EL HERMANO MARCELINO.

A Dios Sr. D. Antonio.

—Oh, Sr. D. Marcelino! ¡Y qué satisfaccion tengo en ver á vd.!

—Y yo tambien la tengo muy cumplida. Supe anoche, ya tarde, que habia vd. llegado, y

mi primer cuidado esta mañana ha sido venir á abrazar á vd.

—Gracias, compañero. En ese caso no se habrá vd. desayunado; me alegro, tendré un placer en que lo hagamos juntos. Muchacho? Martinez?

—No, no; no llame vd. al muchacho, que esa obligacion ya está cumplida: yo nunca salgo de casa sin desayunarme; es costumbre de toda la vida.

—Como vd. decia que su primer cuidado habia sido venir á verme.....

—No seamos tan materiales, se entiende despues del desayuno.

—Amigo, está vd. famoso; no pasa dia por vd. ¡Qué buen color! ¡Qué semblante tan fresco y tan guapote! Vd. vá á reventar, compañero.

—Aprension de vd.: lo mismo me dijo Latre, cuando tuvimos el gusto de abrazarnos en Teruel. Verdaderamente tengo una naturaleza bastante agradecida; bien es verdad que yo lo mismo me cuido en campaña que de cuartel. Pero no debo estar muy malo, porque dias pasados encontré á Fr. Gerundio, y me equivoqué con un guardian de su convento; como que desde entonces me llaman por ahí *Fr. Joaquin*: con

que esta no es mala señal. Pero vd. tambien viene bueno.

—Algo tostado del camino.

—Ah, eso es irremediable; lo mismo me sucedió á mí: nosotros para andar por los caminos debíamos traer siempre unas caretas, como hacian en Francia las señoras en tiempo de Catalina de Médicis. Pero ese paño á los pocos meses que esté vd. en Madrid se le caerá á vd. Por lo demas se conoce que no le han tratado á vd. mal por allá.

—Pues mire vd.; he pasado mis malos ratos, como que por dos ó tres veces le dije al gobierno (ahi obrarán mis comunicaciones que no me dejarán mentir): «Estoy desesperado, ando buscando quien me dé un balazo y no le encuentro.»

—Pues eso le hubiera á vd. sido muy facil: ¿comunicó vd. ese pensamiento á Cabrera?

—¡Cómo á Cabrera! ¿Pues qué no se le conoce aquí por otro título? ¿O no se tiene conocimiento en Madrid del convenio celebrado entre él y yo?

—Ha, sí; mucho.

—Es que en él le he reconocido por *conde de Morella*, y me sería muy sensible que se hiciese un *desaire* á mi firma: esa gloria

es exclusivamente mia.

—En eso perdone vd., compañero, que tanta ó mas parte he tenido yo que vd. Por cierto que sin mí jamás se hubiera él titulado.

—Ya, pero sin mí hubiera quedado oscurecido su título, y se creeria que habíamos hecho la guerra á un cabecilla cualquiera.

—Quiere decir que la gloria será de los dos.

—De los dos, pero de nadie mas.

—Pero hombre, ¿vd. no ve que inhumanamente nos ha atacado esa prensa infame? No ha tratado mas que desacreditarnos, sin entender una palabra de estrategias militares. No, yo bien les he cardado la lana: he puesto cada comunicado...! ¿Vd. no les ha visto?

—Mucho; están magníficos. Pero yo, yo. Vaya, he estado feliz. ¿Vd. no ha visto el manifiesto que he dado desde Segorve?

—Hombre, no.

—Ah, pues está magnífico tambien. Ahora le verá vd. ¿Martinez? ¿Martinez? Chacho?

—¿Qué manda V. E? Estaba haciendo el almuerzo, y el ruido de la sartén no me dejaba oír.

—Trahe uno de esos fardos.—¿De cuales?—De los mas abultados. Los otros no hay que tocármelos.

—Señor, yo solo no puedo con ellos: ya vió V. E. que los mulos venian rebentando.

—Pues deslíala cualquiera, y saca una docena de ejemplares; al cabo has de tener que desliarlos despues.

Pues si (*al hermano Marcelino*); mandé desde allá á todos los periodistas (1), y me traje ademas cargados dos de los seis mulos del cargamento, para repartir con profusion: como que las jentes han pensado que era otra clase de carga la que trahian, como si nosotros fuéramos capaces de especular.... no, eso á pureza no nos gana nadie. Pero verá vd., verá vd. que cosa tan magnífica! Yo no sé qué podrán contestar. Ya ve vd. que el cargo mas grande que me han hecho ha sido lo de los setecientos carros que dicen llevé á Segura.

—Y no serian tantos regularmente.

—¿Qué habiaa de ser tantos? Una calumnia atroz. Compañero, aqui para entre los dos sin que salga de nosotros, no fueron mas que seiscientos noventa y siete.

—¿Y dice vd. eso en el manifiesto?

—Qué; ¿me hace vd. á mi tonto? Allí digo

(1) En efecto á mi me hizo S. E. el obsequio de mandarme media docena, que me costaron 30 cuartos de porte.

que fueron solamente ciento treinta y tres.

—Algo mucha me parece la baja: por lo demás es un golpe sublime de aritmética militar.

—Ya verá vd.; ya verá vd. Mucho tarda este muchacho. Pero, compañero, cuanto más le miro á vd. más lleno me parece ese semblante.

—Si; estoy tal cual; á ambos nos ha probado bien la guerra de Aragón.

Al oír Aragón, y mientras llega el asistente, el hermano Antonio se pone á cantar aquella tonadilla que dice:

*Aragón,
cintilla y cordon,
cordon de la Italia,
¿dónde irás, dueño mio,
que yo no waya....*

—Aquí tiene V. E.

—¿Quiere vd. más, compañero? Tengo en abundancia.

—Gracias, compañero; son bastantes.

—Vea vd. este párrafo. «Cada ascenso mio, cada recompensa, está ganado en el campo de batalla.» ¿Hé? ¿Qué han de decir á esto?

—Me gusta la viruta. ¿Qué han de decir? Cuanto pudieran decir ellos en contra está desmentido con el dicho de vd. Y al cabo no es el dicho de un cualquiera, que es de un Teniente General y basta.

—Es lo que yo digo. Pues verá vd, como sigue: «y tengo el placer de que han merecido la aprobacion de cuantos se han hallado en ellas.» ¿Hé? ¿Qué tal?

—No, y de cuantos no se han hallado también: en esa parte todos le hacen á vd. justicia.

—Aquí hablando del conde de Morella, digo *«pasea todo el año su artillería desde la costa á Caspe, Alcorisa, y nadie se lo ridiculiza.»*

¿Qué tal?

—Ahí soy de opinion que debiera vd. haber añadido: *«ni se lo estorba.»*

—No, ¿no conoce vd. que eso no me favorecia, compañero?

—Hombre, es verdad.

—Ah; es que no soy yo tonto. Aquí mas abajo, para dar una idea de lo que es el conde de Morella, vea vd. lo que digo: *«¿Tenia mas conocimientos militares Merino, el Empecinado, Mina, Chaleco y otros gefes de fuerzas en la guerra de la independendia que los mariscales franceses? Pues cada uno de ellos tenia mas que Cabrera (1), cuyos elementos son tan solo el terror, la omnipotencia de su mando, y escusar toda accion cuando no tiene sumas ventajas en número y posicion.»*

—Compañero, eso es estupendo; vengan esos cinco. Unicamente eso de *la omnipotencia de su mando* me parece que podria haberse suprimido, porque algunos creerán que significa que manda en gefe en Aragon.

—Oiga vd., compañero; y acaso no diria nada de mas.

El hermano Marcelino toma un ejemplar del manifiesto y pasa la vista por él entonando por lo bajo:

Aragon,
cintilla y cordon,

(1) Y Cabrera ha podido mas que vosotros dos, con que séqueme vd. la consecuencia.

cordón de la Italia:

¿dónde irás, dueño mio,
que yo no vaya?

Y al leer en la página cuarta: *«Dejo al reino de Valencia mejor que lo encontré: lo mismo al ejército: en Aragon ningún punto fuerte he perdido; todos ellos han mejorado sus fortificaciones: por consiguiente he sido mas feliz que todos mis antecesores: pusieronse como una grana las ya flameadas mejillas del héroe de Morella, y díjole así al campeón de Segura.*

—Compañero, este es un desacato hecho á la época de mi mando, y por consecuencia á mí. Es ademas falso é injurioso, y como tal lo voy á denunciar ante el Sr. Amorós.

No esperaba yo esto de un compañero y amigo. Y ademas daré otro manifiesto, en que diré que lo dejó vd. peor que estaba.

—Entonces le denunció yo.

—Pues bien, así veremos quien ha sido mas benemerito, y quién ha hecho la campaña con mas ventajas. Voy ahora mismo....

—Compañero, no hay que acalorarse, que todo se compondrá. Daré otro manifiesto en que diré: *«Dejé aquello en el mismo ser y estado que lo encontré, y he sido tan feliz como mis antecesores.*

—No señor, que ha decir vd. que lo dejó peor, y que fue menos feliz.

—Compañero! Esa ya es mucha crueldad. Pondré poco mas ó menos.

—Vaya, pase. Lo demas.... ya sabe vd. mi genio.

—Señor, ya está el almuerzo.

—Vaya, vamos á almorzar en buena paz y armonía.

Pusieronse á almorzar, y preguntóle el hermano Antonio al hermano Marcelino.

—¿Y cómo va su causa de vd., compañero?

—La mia grandemente, ¿y la de vd?

—Perfectamente hasta ahora.

—Es que yo despues pienso pedir que se forme consejo de guerra al gobierno.

—Y yo no me contento con eso, sino que no he de parar hasta que á la opinion pública se la pase por las armas.

—Y yo aspiro al título de Duque de Morella.

—Y á mí se me debe de justicia el de marqués de Segura.

Acabaron de almorzar, y se echaron á pasear de bracero por las calles de Madrid con ínfulas de formar consejo de guerra al gobierno y al público. Y tienen razon; eso y aun mas merecen el público y el gobierno.

NEQUAQUAM, HIJOS MIOS.

El diablo me lleve si no son tontos estos ministros, y eso que parecian listejos al principio. Les estoy diciendo hace tres capilladas, asi con esta naturalidad castellana que Dios me ha ha dado, con esta franqueza con que yo llamo al pan pan y al tonto tonto: «hermanos gobernantes, escarmentad en Gaviria y en Puig: anticipaos á las peticiones justas de los pueblos, y no llevareis capillada: no deis lugar á que os pidan perros, y no os gerundiare: escarmentad

en Gaviria y en Puig. » Así clarito se lo canté, que tambien yo cuando me pongo á cantar claro parezco un gilguero de la tercera orden. Se lo decia á ellos mismos, lo leyeron la tarde misma que se imprimió, porque yo sé que el dia de Gerundio no se echan la siesta los ministros hasta que le han leído, y todavía creerian (vaya, si parece imposible que se me hayan vuelto así estos muchachos! Unos muchachos que eran tan despejaditos!) todavía creerian que no se entendia con ellos.

Habian robado en una ocasion al P. *Circumloquio* un bolsillo con algunas monedas, donativos espontáneos de algunas hermanas piadosas. Dió la casualidad que de allí á algun tiempo fuese á confesarse con él el mismo ladron del bolsillo. Al séptimo mandamiento preguntó el P. *Circumloquio* al penitente si tenia alguna cosa adquirida por medios ilícitos: á lo cual respondió el penitente que sí, que conservaba un bolsillo con algun dinero que habia robado á un fraile.—Pues hermano, está en obligacion de restituirle al instante á su dueño.—Padre, en ese caso se le entrego á su paternidad ahora mismo (y se le daba á la mano).—Hijo, á su dueño, á su dueño es á quien se le ha de entregar.—Padre, á su dueño se le entrego ya y no le quiere recibir.—Pues hijo, entonces guárdesele, que no está obligado á mas.» Y guardóse el penitente el bolsillo, y se quedó sin él el P. *Circumloquio*, por tonto, porque se estaba dirigiendo á él el penitente y aun no le entendia.

Lo mismo les ha sucedido á los ministros con mi consejo que al hermano *Circumloquio* con

el bolsillo del penitente: ambos se le hemos dado directamente y no le han querido recibir, por tontos. Así se encuentran ellos ahora. Cuando estaba viendo venir, yo Fr. Gerundio, representaciones de todos los puntos pidiendo la disolución de las Cortes y convocación de otras, les aconsejé con aquella ley que se tiene á los paisanos: «hermanos, prevenid ó secundad las peticiones justas del pueblo, mirad que sinó van á pedir que os echen perros. y á mayor abundamiento vais á llevar capillada.» Nada; el mismo caso hicieron que esta mesa. ¿Si pensarán estos muchachos que cuando Fr. Gerundio habla dice las cosas al aire? Sucedió pues, lo que mi reverendísima persona les pronosticó. La Milicia Nacional, viendo que no entraban á derecho, ha pedido que les echen perros por medio de una representación que les ha hecho cosquillas, y de cuyas resultas.... han dimitido.

Ahora dicen que iban ya á publicar el decreto de disolución, pero que en vista de la esposición han acordado suspenderle, porque antes bajarán cien veces de las poltronas que dar un decreto que pudiera aparecer como un acto de debilidad y de cesión á exigencias ilegales. De modo que antes de pedírselo no quisieron dar el decreto, y después de pedírselo tampoco han querido darlo: es decir, que *nequaquam*, hijos míos, ni de un modo ni de otro estaban dispuestos á la disolución.

Esto me recuerda lo que nos sucedía á los hermanitos con nuestro padre á la mesa á la hora de comer. Mi padre era un señor á la antigua, que tardó mucho en cortarse el moño, y

en dejar de echarse polvos en el peluquin: gastó muchos chalecos blancos de cotonia atacados al costado: trahia al cuello un pañuelito tambien blanco en forma de torcida: gastaba por baston una caña que levantaba mas que él, y fumó tabaco de Brasil hasta que se prohibio de real orden. Alcanzó todavia la muerte de Fernando VII, y se hizo liberal al cabo de sus dias, porque se impregnó de que Isabel II tenia mas derecho á la corona que su tio, que era el Aquiles de sus argumentos con que él procuraba liberalizar á los de su edad. Luego que nos sentabamos los niños á la mesa, lo primero que nos prevenia era que al que pidiese no se le daba nada. Yo que siempre despunté por lo obediente y docilíto, como que me llamaban en el pueblo el niño-viejo, cumplia escrupulosamente la advertencia paternal. Pero los otros hermanitos solian muchas veces no poderse contener, y se insinuaban con estas ó semejantes palabras: «papá, yo queria vino: papá, á mí me gusta el vino.»—Por lo mismo que lo pedis, decia su merced, no se os da.—Papá, nosotros no lo pedimos, no decimos mas que nos gusta.—Es pedirlo indirectamente, y los niños de ningun modo deben pedir.—Papá, le dijo ya un dia uno de ellos, Gerundito no lo pide nunca, y tampoco se lo da vd.» Entonces mi padre, que como señor antiguo y como médico era aficionado á hablar en latin (y aqui me ocurre que este debe ser achaque de todos los médicos, porque me acuerdo de un catedrático de medicina que habia en Valladolid, que se empeñaba en hacer la esplicacion á sus discípulos

en latin, y en una ocasion explicando el modo de hacer un cocimiento, teniendo que nombrar la sarten, y no acordándose del nombre latino de este instrumento, dijo: *postea ponitur in.... in instrumento quod facit chirri chirri*), les dijo pues á los hermanitos peticionarios: «*nequaquam*, hijos mios, *nequaquam*.» En ayunas se quedaron todos de lo que querria decir el papá con su *nequaquam*: pero yo, que entendia entonces el latin lo mismo que ahora el señor Alaix, lo interpreté á mi modo, y les dije á mis hermanitos: «lo que quiere decir el papá es que bebamos *agua, agua*.» A la verdad no me engañé mucho, porque al cabo su intencion era decir que *de ningun modo*, que se pidiera que no se pidiera, *nequaquam*, hijos mios, de ningun modo nos daba vino.

Identicamente les sucede á los ministros: si no se les pide, no dan; si se les pide, tampoco dan, solo porque se pide; con que es decir que *nequaquam*, hijos mios, *nequaquam* estaban dispuestos á dar el vino de la disolucion.

Y el caso es que al cabo han de tener que darle, y darle quedando mal con unos y con otros, y pasando la plaza de débiles, y á costa de que se diga que han tenido que sucumbir: y todo ¿por qué? Por no haber escuchado estos muchachos el consejo de Fr. Gerundio: «hacer las cosas en tiempo y sazón, y prevenir las exigencias». Y cuidado que yo maldito interés tengo en que vengan otras Córtes, sino porque veo que es de ley y de absolutísima necesidad: por lo demas, sospecho que los mismos milagros han de hacer las futuras que las pre-

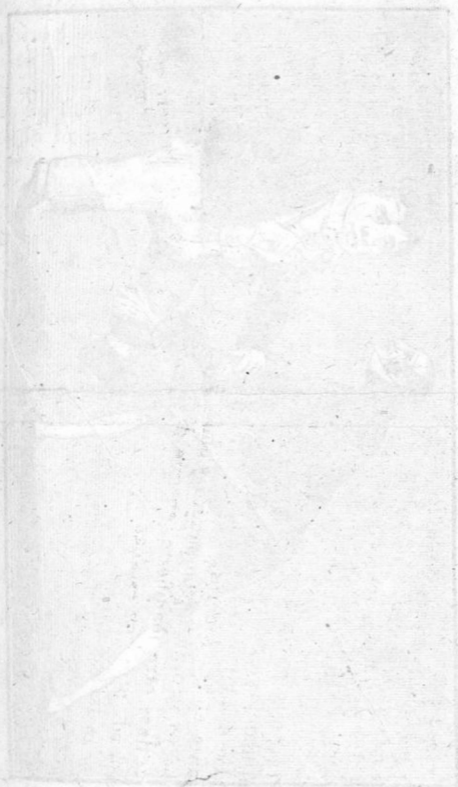
téritas. En cuanto á color, lo mismo me dá que sean cerúleas que anaranjadas: lo que queremos los pueblos y yo es que sean de color de *paz*, y que nos la procuren cuanto antes por cualquier medio, porque á la verdad estamos en una postura muy violenta.

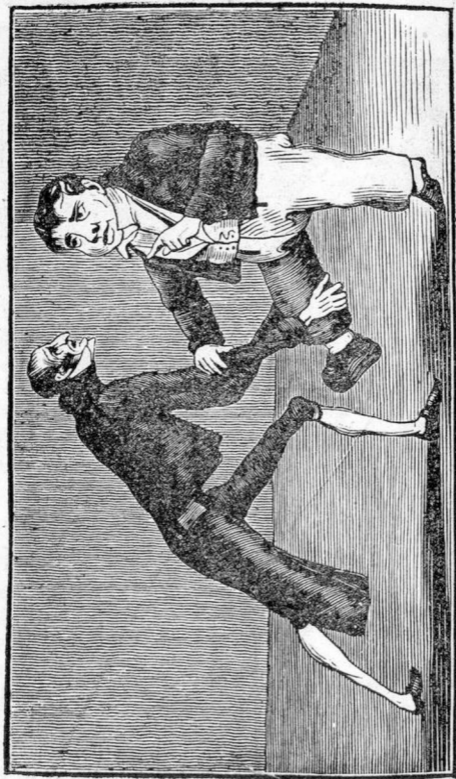
Con respecto á la representacion de la Milicia, mi paternidad no dirá que sea legal; por el voto gerundiano acaso no se hubiera hecho. Pero lo que no puedo sufrir es que los periódicos ministeriales, ó sea los ministros en los periódicos, digan que está llena de insolencias, cuando no respira mas que comedimiento y respetuosidad. Llámesele ilegal, si tal les parece, pero no desvergonzada ni indecorosa. Esto puede irritar, ¡y sabe Dios que no conviene irritar á quien no lo merece, y á quien se puede temer! Este es otro consejito gerundiano así de amigo.

LA RESISTENCIA DE TIRABEQUE.

Vamos, Tirabeque: creo que es llegado el tiempo de que tu telégrafo piernil alegre al público, pendiente de tu patita, anunciándole con alguna cabriola profética los grandes y prósperos sucesos á que estamos abocados. Ya has visto los favorables auspicios con que ha dado principio la campaña de primavera: sabes la facilidad con que se conquistó la espelunca de que te hablé el otro dia, cogiendo al enemigo el tren de artillería con que trató de defenderla, que era un pedrero. Las últimas noticias son de que nuestras tropas ocupan ya la venta

Imperio...
Z...
C...





*Señor, escusa vd. de porfiar, que no la levanto. Cuando el gato
padre caiga en la trampa, entonces la levantaré.*

de la Perra, y de un momento á otro llegará la de haber tomado á Ramales. Suelta tu pues la perra, como dice el vulgo, y con un movimiento ó evolucion de baile tripúdica ó saltatoria....—Perdone vd., señor, que yo cuando bailo no hago movimientos con la tripa, y si salto lo hago sin faltar á la decencia que mis padres, aunque pobres, me enseñaron.—No es eso, hombre; válgame Dios: no pienses que tripúdico quiere decir cosa de tripa, sino de baile ó danza, que antiguamente se llamaba tripudio. Aunucia pues con uno de esos movimientos los favorables próximos futuros sucesos que han de cambiar enteramente nuestra malhadada situacion.—Señor, si viera vd. qué pesadas siento las piernas....—Vele ahí; la falta de egercicio: te has empeñado en estar tauto tiempo sin levantar la patíta....! Pero ya es menester que vayas celebrando la afortunada administracion de nuestros paisanos los ministros.—Pero señor, ¿no dicen que tienen hecha ya la dimision?—Sí, la han hecho, pero esa es gata ministerial. No creas tu que lo dejen hasta que reunan nuevas Córtes.—Pero señor, ¿no dicen tambien que han suspendido el decreto?—Sí lo dicen, pero esa es otra gata ministerial. Eso lo dicen ellos para que cuando salga (pues conocen que no puede menos de salir) no se atribuya á debilidad. Tu no entiendes una jota de gatas ministeriales, hombre.

—Señor, yo no entenderé de gatas, pero entiendo de gatos; y así escusa vd. de porfiar por que levante la pata, pues tengo para mí que entre las gatas y los gatos nos están armando un en-

redijo que ni el diablo ha de acertar á desenredarle. Se me figura á mi que detras de Ramales ha de haber escondido un gatazo muy grande. El otro dia me temi que le encontráran ya metido en la *cueva*, y me parecia que le estaba viendo asomar la cabezorra y encandilar los ojazos, y hacer retirar á todo el ejército. Pero ya que no estubo alli, milagro será que no esté detras de Ramales, ó por alli detras de alguno de aquellos cerros.—Calla, calla, aprensivo. ¿Alli se habia de haber ido el gato?—Es que ya no hay uno solo, señor, que ya hay cria nueva. El que anda por allá le llamo yo el gato montés, y este sospecho yo que se entiende con algun otro gato casero, que debe vivir por acá en alguna casa muy grande.—De modo que nadie te puede quitar forjar en tu imaginacion cuantos gatos te se antoje, domesticos ó monteses. Yo por mi no creo la existencia de unos ni de otros. Y asi es empeño mio que vayas alzando la pata; vamos, yo te ayudaré. Qué, ¿te resistes?—Me resisto, si señor.—¿Pues á cuándo aguardas á levantarla, hombre?—¿A cuándo? A cuando caiga en la trampa el gato padre. Y entretanto, ni que los ministros hagan la gata, ni que las tropas lleguen á la Perra, ni que el hermano Baldomero tome á Ramales, ni que dé de cuando en cuando otro ramalazo, Tirabeque no levanta la pata y está concluida la comision; y vd. haga de mí lo que quiera, que yo mientras el gato padre no caiga en la trampa, no la levanto.